

la multidisciplinariedad e interdisciplinariedad están hechos con el fin de identificar concordancias, diferencias, analogías y enfoques. No sólo es un aporte para historiadores, es una herramienta útil para sociólogos, arqueólogos, filósofos, antropólogos, abogados y economistas.

Juan Pablo Bolio Ortiz

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social-Peninsular*

SILVIA MARINA ARROM, *Para contener al pueblo: el Hospicio de Pobres de la ciudad de México, 1774-1871*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Publicaciones de la Casa Chata, 2011, 438 pp. ISBN 978-607-486-125-9

La oportuna traducción del libro de Silvia Arrom, cuya referencia era obligada en la versión publicada por Duke University, adentra al lector en un complejo análisis socio-institucional que reflexiona sobre las transformaciones de la modernización del Estado en México y explora, a partir de normas sociales y valores culturales, el comportamiento social y económico de los involucrados en este proyecto filantrópico. El libro cuestiona hitos de la periodización en la historiografía liberal mexicana. Con un sentido crítico explora las relaciones de las autoridades del gobierno local con los grupos de benefactores, laicos y religiosos, con los empleados y los asilados del Hospicio. La investigación de Silvia Arrom es una cavilación crítica para la escuela del control social y una tentadora propuesta que explora la “economía moral” en un contexto de transformaciones políticas notables en el gobierno de la ciudad de México entre 1774 y 1871.

La autora advierte que la edición en español tiene cambios mínimos, aunque me parece que, de manera muy notable, los múltiples nombres de la pobreza, los estigmas que recayeron sobre los necesitados y las actitudes manifiestas en vocablos despectivos, clasificatorios y solidarios se reescriben para el lector de la versión en español en el contexto original, y con ello se da cuenta de la complejidad semántica de un problema social persistente en México: la pobreza urbana.

El Hospicio de Pobres fue un complejo “experimento” que conjugó las pretensiones de las autoridades para “confinar” a la población menesterosa y evidenció sus límites frente a una nueva concepción del pauperismo. Esta propuesta de Silvia Arrom la conduce a postulados certeros y, lejos de una historia que muestra la evolución lineal y unidireccional de la caridad a la beneficencia, la autora explora cómo diversos grupos de la sociedad construyen instituciones que brindan “soluciones” y “beneficios” para los necesitados, si se quiere insuficientes y muchas veces ineficientes. Se avanza y se retrocede en la modernización de un servicio que debía paliar las carencias de los habitantes de la ciudad, y sobresale, en el fértil campo de las desigualdades, una especie de consenso moral, que insiste en auxiliar a los grupos vulnerables, garantizando sólo tenues transformaciones en la estructura social.

Como lo anuncia el título del libro, el Hospicio de Pobres le dio cuerpo al proyecto modernizador de una sociedad que pretendía “contener al pueblo”. Para el tratamiento de la pobreza, las autoridades borbónicas en la Nueva España fundaron el Hospicio de Pobres en 1774. Filantropía y disciplina, así, imbricadas, se concibieron como ejes de una intensa campaña contra la vagancia, que prometía la transformación de los limosneros, de los mendigos, de los harapientos y de los holgazanes en hombres útiles. Se emitieron leyes que fueron criminalizando la mendicidad y se crearon espacios para impulsar la transformación de los vagos y “malentretidos” en ciudadanos de provecho. De esta

historia de largo aliento (1774-1871) y, a manera de una panorámica en perspectiva histórica, en el capítulo primero, la autora se ocupa de las percepciones y las prácticas para erradicar la mendicidad y la vagancia.

La fundación del Hospicio es una interesante coincidencia de intereses que se explora, en la teoría y en la práctica, en el segundo y tercer capítulos. La Iglesia, el Estado y los particulares consiguieron que en los primeros años de fundación del Hospicio se cumplieran los objetivos de eficiencia y modernización del servicio de ayuda a los pobres, que se distanciaba de la caridad y procuraba, según el plan del prelado Ortiz Cortés, disciplina y bienestar para la población. Arrom destaca, en el segundo capítulo, que la historiografía sobre la asistencia en América Latina ha obviado la herencia modernizadora de los procesos reformistas de la colonia. Corrige con ello una mirada limitada respecto del periodo en el que se pergeñaron las nuevas actitudes hacia la pobreza y muestra cómo la asistencia a los pobres, en una fórmula de carácter secular, nacional y centralizada, puede atribuirse más a la conjugación de intereses de eclesiásticos, grupos notables y de la corona, que a los impetuosos gobiernos del México independiente, que a duras penas, con escasos recursos, pudieron mantener el servicio del Hospicio.

Diferencias político-administrativas para dirigir el Hospicio y desavenencias económicas para mantenerlo dificultaron la consolidación del objetivo explícito que consistía en erradicar la pobreza de las calles de la capital. En los años de la guerra de independencia, los asilados del Hospicio fueron perdiendo importantes fuentes de financiamiento. Los donativos de notables benefactores, como el capitán Francisco Zúñiga, más que impulsar el proyecto lo mantuvieron a flote. Sin la fuerza articuladora del virrey y sin el patrocinio eclesiástico, la crisis era inminente, aunque los ánimos de los nuevos administradores no decayeron: se emprendió una reestructura en la organización del Hospicio. La especia-

lización del servicio para determinados grupos de la población intentó llevar a la práctica el anhelo de una administración eficiente. Cuatro departamentos, emulando la organización del Hospicio de Cádiz, distribuyeron las funciones asistenciales del Hospicio: Pobres Verdaderos, Escuela Patriótica, Corrección y Partos Reservados fueron los departamentos que modificaron el sentido del merecedor de los recursos y aquilataron una versión revisada del “verdadero pobre”, que se estudia de manera acuciosa en el cuarto capítulo.

Las restricciones financieras y, por supuesto, los pobres que pululaban aún en la capital, desanimaron el ímpetu de la junta de notables que dirigía y reformaba el proyecto del Hospicio. Con todo y la contracción de las limosnas, de los donativos voluntarios y de la pérdida de ingresos de la Iglesia, la autora destaca la continuidad de los servicios de este establecimiento de asistencia pública, en el que se hicieron evidentes el empeño de los liberales, el afán de los conservadores y la actividad de los religiosos y de los laicos para proveer medios de subsistencia a diversos grupos de la población menesterosa. Entre 1806 y 1811, la Escuela Patriótica prosperó a diferencia del resto de los departamentos, porque atinadamente los beneficios se destinaron a un grupo acotado de estudiantes, niños y jóvenes, mayoritariamente blancos. Al privilegiar a este grupo de la población se evidenció una nueva sensibilidad hacia la niñez desvalida, hacia los hombres y mujeres discapacitados y hacia los ancianos. Un grupo de pobres elegidos entre los necesitados fueron merecedores de un sistema de auxilio estratificado. Para ellos el proyecto redituó, aunque de acuerdo con un sistema social que parecía reproducirse dentro del establecimiento y no pretendía revertir ni el orden social ni el económico.

La crisis del hospicio se precipitó entre 1811 y 1823. En el quinto capítulo se expone minuciosamente cómo los escasos recursos evidenciaron las condiciones de subsistencia de lo que había sido un proyecto colonial vigoroso. Si bien en cada capítulo la autora

reconstruye el presupuesto y su distribución, en ninguno como en el capítulo cinco se evidencia el inminente desarreglo de un ingreso enano y un gasto difícil de ajustarse al dinero recaudado para los pobres.

A los problemas de dinero le siguieron el escándalo y el desprestigio durante la era santanista. El relajamiento de la norma, el desaseo, la malversación de fondos y el abuso sexual sobre algunos hospicianos se entreveraron con dos efímeros periodos de revitalización del Hospicio: 1833-1834 y 1841-1844. Una junta, independiente del Hospicio de Pobres, debía velar por el buen funcionamiento y gestionar la procuración de fondos. Hospicio, Escuela Patriótica y Casa de Huérfanos eran los tres departamentos a los que se sumó, en 1848, un nuevo departamento de Curación de Ojos para la atención y corrección de los indigentes que ingresaban en el Hospicio.

Arrom da cuenta de una visión matizada de los estudios que hasta ahora habían generalizado, en una concepción uniforme, la manera en que las élites percibían a los pobres. Elude la tentación de una historia fácil y evita confundir el deseo de las autoridades para homogeneizar a la población menesterosa, mostrando un amplio y heterogéneo espectro del perfil de la población que albergó el Hospicio. Pese a la carencia de datos en ciertos periodos, Arrom sistematiza los registros de internos en el Hospicio entre 1774 y 1871 en cuidadosos cuadros. Cuantifica adultos, jóvenes y ancianos de diversos grupos étnicos (nacionales y extranjeros), niños indigentes, menores infractores, jóvenes solteros, casados, viudos; pondera el número de las personas sanas y de las enfermas en periodos de epidemia; reconstruye cuántas mujeres y cuántos hombres ingresaron en el Hospicio de acuerdo al ciclo de vida.

Un reconocimiento puntual de las peculiaridades de los hospicianos complementa el análisis cuantitativo y, en minuciosas notas y amplios pasajes, se muestra la fisonomía y las coyunturas de

“pordioseros”, “tullidos” y “vergonzantes”. El estudio de un gran conjunto de personas, en este caso los pobres, no es la simple suma de individuos, pues se consigue mirar la gradación de la pobreza y la heterogeneidad de los hospicianos exponiendo la complejidad social del grupo de personas que ingresó en esta institución de auxilio al necesitado. Se estudia la “economía moral” de mendigar y las estrategias de los pobres para conseguir techo, cama, comida o educación según las necesidades de los solicitantes.

La Reforma, el Segundo Imperio y la República Restaurada trazan el final de la historia que se cuenta en el libro. Los cambios legislativos referentes a los vagos y a los mendigos, la evidente crisis del Hospicio y las respectivas modificaciones de su administración, suscitadas a finales de la década de los sesenta del siglo XIX son, sin duda, referencias definitivas en el devenir de la institución.

En los últimos tres capítulos, Arrom no muestra una historia de éxitos rotundos ni fracasos insuperables porque en casi 100 años de vida de la institución hubo objetivos implícitos y multifuncionales que posibilitaron su reinención. Se estudia el proceso de la impetuosa secularización de la sociedad decimonónica, anotando los vaivenes y los matices entre lo laico y lo religioso, entre lo público y lo privado, entre la caridad y la beneficencia. La asistencia pública estuvo influida por los valores cristianos que detenían los religiosos y los laicos vinculados al establecimiento. La autora percibe una transformación de la caridad pública que motivó la creación del Hospicio y una ola reformista de la beneficencia privada bien definida y protagonizada por los hombres de la Reforma y, sobre todo, por mujeres notables en el Segundo Imperio. Margarita Maza de Juárez y Carlota, emperatriz de México, pero también las Hermanas de la Caridad y las respectivas conferencias de señoras fueron todas promotoras de un cambio sin igual en el tratamiento de la pobreza urbana.

Entre 1774 y 1871, el libro analiza los proyectos de las autoridades, las propuestas de las élites sociales, las disposiciones de los

jerarcas de la Iglesia y de las religiosas hospitalarias para asistir, educar y transformar a los menesterosos del Hospicio. Explora las diligencias de los empleados como mediadores en el intercambio de la asistencia. Nos da una idea clara de la vida diaria de estos funcionarios que definieron la asistencia en la institución, que no sólo reprime y controla, sino “contiene” de muchas maneras a los pobres.

No cabe duda que la edición en español de este libro era necesaria. Me queda claro que entre las muchas aportaciones, el libro valida perspectivas y enfoques de la historia social para entender la historia urbana, la historia nacional, la historia de los pobres y la historia de la construcción del México moderno. Así, el lector que busca miradas complejas de la sociedad de los siglos XVIII y XIX encontrará en el trabajo de Silvia Arrom una afanosa investigación y una narración estimulante.

María Dolores Lorenzo Río

El Colegio Mexiquense

MAGALI M. CARRERA, *Traveling from New Spain to Mexico. Mapping Practices of Nineteenth-Century Mexico*, Durham, North Carolina, Duke University Press, 2011, 325 pp.

A partir del título de este libro, nos enfrentamos a las múltiples definiciones de dos términos clave: viajar y mapear. Viajar remite a aquellos llevados a cabo durante el virreinato y el siglo XIX, en el tiempo y en el espacio; a la vez, se refiere a la transición entre ser un territorio con dependencia política ante la corona y el estatus de país independiente. Los mapas son, en el vocabulario de Magali Carrera, un instrumento para definir la identidad nacional, sean juegos de latitud y longitud o aportaciones a la cultura visual que delimitan lo nuestro frente a lo otro. Mapear sin ningún mapa es